



Hugo Rodríguez Alcalá

Romancero de Juan Lobo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Hugo Rodríguez Alcalá

Romancero de Juan Lobo

Al lector

El verdadero nombre de Juan Lobo era Regino Vigo, oriundo de San Pedro del Paraná, no de Misiones como dice uno de mis romances.

Regino Vigo fue muy temido en la región de Yuty en la década de los cuarenta. ¿Por qué elegí el seudónimo de Juan Lobo para mis romances?

Regino Vigo era mujeriego. Bien, en Inglés Wolf significa lobo y también, libertino, faldero, mujeriego: Wolf is a man who is direct in making amorous advances to many women, o sea, un tenorio. Y Juan. Juan es el nombre del burlador de Sevilla.

Por esta razón Regino Vigo, en mis romances, tiene nombre más sonoro.

Durante los años cuarenta todos los rimadores paraguayos éramos lorquianos: Josefina Plá, Hérib Campos Cervera, Augusto Roa Bastos, José Antonio Bilbao, Óscar Ferreiro, José Luis Appleyard. Yo no fui una excepción; yo fui devoto lorquiano. (El lector curioso puede leer en mi libro Poetas y prosistas paraguayos, y otros ensayos (Asunción, 1988), el titulado «Federico García Lorca y poetas paraguayos. En el cincuentenario de la muerte del poeta, 1936-1986».

Juan Lobo, es decir, Regino Vigo, suscitó toda una leyenda, como aquel Robin Hood inglés del siglo [6] XII héroe de muchas baladas, que robaba a los ricos para favorecer a los pobres, jefe de una banda de fieros secuaces, famoso arquero de la selva de Sherwood.

He pedido al gran ensayista y narrador Helio Vera que trace unas páginas sobre Vigo. Helio Vera ha estudiado con su característico afán erudito la historia y la leyenda de Regino Vigo.

Él sabe infinitamente más que yo quién y cómo era el que llamo Juan Lobo en mis romances.

H.R.A. [7]

Prólogo

En el sur del Paraguay es tenido por cierto -¿quién soy yo para dudarlo?- que Regino Vigo se volvía invisible cuando quería y que un «Kurundú», talismán infalible bajo la piel, desviaba las balas dirigidas contra su cuerpo. Se asegura que dominaba el arte del disfraz. Se sabe que sometió al capitán Benítez, su más implacable perseguidor, a una burla cruel: bailar con él una polca atolondrada, durante la fiesta ofrecida por el club social de Yuty, con motivo de la fiesta patronal. Benítez jamás supo quién era, en realidad, la dama de formas prometedoras que le clavaba en el pecho sus erguidos senos de trapo.

De Regino Vigo conservo dos fotografías borrosas. En una de ellas, posa a caballo con su esposa. Era la época en que vivía en San Pedro del Paraná, como una persona honorable. En la segunda, veo a un hombre arrogante, con pantalones de montar, botas de caña alta, sombrero Panamá y una fusta en la mano. Ya era el hombre que encabezaba una de las gavillas más populosas del Paraguay contemporáneo. Se le atribuyen hábitos de Robin Hood: parte del botín era distribuido en el pobrerrío. Por eso Vigo deviene en héroe popular, por eso le es tan difícil a sus perseguidores conseguir baqueanos e informantes.

Hubo un momento en que se decidió poner fin a su itinerario. Fue cuando se produjeron los asaltos sucesivos a Oro Verde y Puerto Mineral, en la provincia argentina de [8] Misiones. La muerte de un gendarme argentino, diversos daños a la propiedad y un botín que no fue tan cuantioso como quiere la leyenda pusieron fin a la displicencia con que era perseguido hasta entonces. De esa misión se encargó un escuadrón de caballería comandado por el mayor Eliodoro Estigarribia.

Como suele ocurrir, el pueblo se sintió más aterrorizado por los perseguidores que por los bandoleros. Era claro que una visita de la «comisión» traía consigo un sinnúmero de calamidades. El saqueo era el mismo, pero con una diferencia de modales: Cuando Vigo llegaba a una estancia, acostumbraba pedir cortésmente la colaboración de sus habitantes. Y hasta ofrecía pagar, gentileza que siempre era rechazada con entusiasmo. La «comisión», en cambio, arrebataba todo lo que necesitaba. Sin obviar amenazas, indagaciones, y sin mezquinar el empleo del «teyuruguái» sobre las espaldas de los remolones.

La persecución lo fue cercando. Durante ella, perecieron varios de sus compañeros: Brítez Pukú, Corrientes y varios más. Vigo concibió la idea de disolver el grupo y declarar el sálvese quién pueda. Allí comenzaron las discusiones. Le echaron en cara el juramento de permanecer juntos hasta la muerte y las promesas de fraternidad indisoluble. Pero había algo más: el gobierno había infiltrado a un hombre en la banda, quien se encargó de sembrar las semillas de la desconfianza al jefe.

Finalmente, la traición pudo lo que no había conseguido la Caballería. En Potrero Tuna, un sitio inhóspito, a espaldas [9] del cerro Alto Verá, Vigo fue asesinado por sus compañeros. Estos se habían complotado con la promesa de una amnistía. Algunos, más astutos, huyeron a la Argentina, luego de cruzar el Paraná a la altura de isla Talavera. Otros fueron perseguidos y muertos en distintos sitios. Los que se presentaron a recibir su «libertad», según se había pactado, fueron todos ejecutados. Si la vemos desde un punto de vista filosófico, podemos aceptar que la promesa fue cumplida.

La noticia de su muerte circuló hacia la Semana Santa de 1942. Bastó que la anunciaran las autoridades para que el pueblo, con larga perspicacia, adivinase la verdad: Fue el propio Vigo quien hizo correr el rumor de que había muerto a manos de sus propios compañeros. En realidad, el cadáver que encontraron sus perseguidores era el de un guayaquí a quien Vigo, después de matar, vistió con sus ropas. Después se marchó al Brasil, donde vivió plácidamente el resto de su vida, disfrutando del botín acumulado en años de correrías. A veces, enviaba postales y cartas a sus parientes, que las escondían de las miradas de los chismosos y delatores. Durante la guerra civil de 1947, se anunciaba su llegada inminente para acaudillar la montonera liberal.

¿De quién estamos hablando? Del único bandolero paraguayo que rozó los límites de la leyenda y que, después de habitar las páginas efímeras de las secciones policiales, se ha convertido en un tema de la bibliografía histórica y literaria. Citaré los libros que lo mencionan: las memorias del general Pampliega, ministro del Interior durante su apogeo delictivo; [10] las memorias de León Cadogan, jefe de Investigaciones de la Delegación de Gobierno del Guairá en la misma época, con curiosos detalles sobre la forma en que fue exterminada su gavilla; «El Valle y la Loma», de Ramiro Domínguez, donde se lo presenta como el paradigma del bandido romántico; «Seis relatos de un campesino» de monseñor Saro Vera. Sin olvidar que «Regino Vigo» es el título de uno de los relatos de mi «Angola y otros Cuentos» y el personaje central de un largo manuscrito del padre Di Perna, que nunca fue Publicado.

Nada más justo que Hugo Rodríguez-Alcalá haya abordado la gesta de Vigo desde la óptica del romance. Ningún género mejor que este para perpetuar en el tiempo la epopeya de los héroes del pueblo. Y romancero, como sabemos, es un conjunto de romances, que hasta pueden tener distintos autores, y que tienen un tema o un personaje central. Es el romancero el que no dejó morir a don Rodrigo, a Bernardo del Carpio, a Ruy Díaz de Vivar, a los infantes de Lara y al conde Fernán González, en un ciclo histórico-poético que comienza al romper el primer milenio.

El acento lorquiano de la gesta de Lobo (Regino Vigo) es el mismo que preside buena parte de la poesía de la época en que fue escrito. Era imposible no escribir poesía sin dejarse influenciar por García Lorca. Así como años después fue igualmente imposible sin dejarse presionar por el acento de Neruda. García Lorca retoma el antiguo género del romance, donde laten dos mil años [11] de literatura española, y lo emplea como un ariete para remozar la poesía. Sus personajes no son los individuos majestuosos del cantar de gesta, condes, duques, obispos -sino los que conserva, reales o inventados, la memoria popular. Son personajes del pueblo: Antonio Torres Heredia, asesinado por sus cuatro primos Heredia, el amor furtivo de un gitano con una mujer casada, Soledad Montoya y sus penas de amor. Bien puede Regino Vigo, el bandido romántico, codearse con estos sus pares.

El género del romance, digámoslo de paso, no suele ser bien visto por los poetas cultos. Tal vez Hugo Rodríguez-Alcalá y Óscar Ferreiro El gallo de la alquería y otros compuestos sean los únicos que lo hayan abordado.

Haciendo esta salvedad, el romance sigue vivo en la poesía popular iberoamericana: el galerón venezolano, el corrido mexicano, la poesía gauchesca argentina, la literatura de cordel del Nordeste del Brasil y el «compuesto» paraguayo. Celebremos que el «arte menor» del octosílabo haya merecido las atenciones de un poeta de los quilates de Rodríguez-Alcalá. Por eso debe ser recibido como un homenaje a las raíces más íntimas de la poesía castellana, y como una incitación a recuperar la intensa vitalidad de un género al que han honrado los poetas del pueblo. E incluso monstruos sagrados como Francisco de Quevedo y Lope de Vega que también condescendieron, alguna vez y con maestría, a practicar el «arte menor»

Helio Vera

[12]

[13]

El pueblo

San Pedro del Paraná

es su pueblo. Mes de enero.
Olor a campo fecundo
que el sol calienta. Y silencio.

El caserío se inclina 5
en la canícula. El pueblo,
cinco o seis cuadras de casas
y ranchos pobres y viejos.

La iglesia, de tan mezquina
apenas parece un templo, 10
aunque por dentro, el altar
es de estilo plateresco.

Algunas cruces y tumbas:
eso es todo el cementerio.
La plaza es sólo un baldío 15
con un mástil en el centro.

El horizonte se extiende
en línea de cocoteros
de copas que se deslían
al aire de azur y fuego. 20
Lentas carretas de bueyes
cansados y soñolientos [14]

salen del pueblo dormido,
las altas ruedas, crujiendo.

El arroyo manso y limpio 25
cruza el camino bermejo.

Allí, chicuelos desnudos
bañan sus cuerpos morenos.
Allí se paran los bueyes
y mojan sus tibios belfos. 30

Sobre lo verde del valle
el rojo alegre y violento
del camino, se enardece
y alza un polvo turbio y seco.

¡Camino rojo que trae 35
vagos rumores al pueblo
y lleva rumores vagos
que se pierden a lo lejos!

Pero nunca trae nada
diferente, nada nuevo. 40
Y el pueblo nunca despierta
de la calma de su sueño.
Entreabre a veces los ojos
al repique dulce y lento
de las campanas. Los gallos 45
hieren el hondo silencio:
único reloj que advierte
la tarda fuga del tiempo [15]

Romance de Nanawa:
Enero-Julio 1933

Guerra del Chaco: Nanawa.
Batalla de meses largos.
Dos pueblos luchan a muerte
por Nanawa.

Sin descanso
día y noche, la pelea 5
por Nanawa. Y ¡ay qué oscuro
trueno el cañón sobre el campo
abierto en cráteres!

Vuelan

aviones artillados
y del ciclo llueven bombas 10
de fulminantes impactos
¡De miedo al cielo llameante
está la tierra temblando!

Paraguay revive días
gloriosos de su pasado. 15
¡Selvas de espinas pedían
como precio del milagro
un vía crucis de sed
entre altas cruces de cactus! [16]

Tierra seca, tierra yerma, 20
ceniza llena de cardos,
¡quería tu sequedad
la carne de muchos labios
y un ancho río espumoso
de gritos ensangrentados! 25

Tierra de inmensas distancias,
¡qué bien jalonas tus páramos!

Tus filas, tus largas filas
de cruces de toSCO palo,
ya han desgajado las selvas 30
y han ensanchado los campos,
y la muerte, agrimensora,
mensura leguas de cráneos.

Dos pueblos luchan a muerte
por Nanawa.

Sin descanso, 35

día y noche la pelea
por Nanawa.

Meses largos.

Sol y lluvias.

¡Y qué oscuro

trueno el cañón sobre el campo!
ceniza llena de cardos. 40 [17]

El veterano
En Nanawa está Juan Lobo
infierno de triste verde.
Sus inauditas hazañas

lo ascendieron a teniente:
sus estrellas ha arrancado 5
de las garras de la muerte.

Siempre al encuentro del fuego
nunca las balas lo hieren:
le rozan el uniforme
mas le rozan solamente. 10

Si le perforan la gorra
no le rasguñan las sienes:
evitan a todo trance
darle en la impávida frente.

Cuando él avanza le esquivan 15
o de pronto se detienen.
O soplan en sus oídos
amenazas de la muerte.

Pero Juan Lobo sonrío
y a golpes de su machete 20
derriba filas de hombres
que a hacerle frente se atreven [18]

En el vivac es Juan Lobo
el guitarrista más célebre,
cantor de rojas pasiones 25
de hombres duros y mujeres
cuyos amores violentos
en odio atroz se convierten.

Pero también canta coplas
de versos dulces y alegres, 30
coplas que arrancan suspiros
de ceñudos combatientes.

En Nanawa está Juan Lobo,
infierno de triste verde.

1947 [19]

La venganza
Hace ya tiempo que Juan
tiene muda la guitarra.
Cartas vinieron del pueblo

y al fuego fueron las cartas,
que le quemaron las manos 5
y ahora le queman el alma.

Comisario amigo suyo,
amigo desde la infancia,
aprovechando su ausencia
traicionó su confianza. 10
Víctima del Comisario
fue de Juan la única hermana.

-Juan Lobo, debes volver,
le decían en las cartas,
que un agravio así no puede 15
jamás quedar sin venganza.

Y Juan Lobo regresó
a su pueblo una mañana.
Oscura llama traía
su rencorosa mirada. 20
Y aquella mañana misma
llegó con él la venganza. [20]

Acostumbrado a la muerte
venía de las batallas,
y en sus manos tan amigas 25
del temblor de la guitarra,
era el trueno de la pólvora
la violencia aquerenciada.

Juan Lobo huyó. Veteranos
de las gestas de Nanawa 30
en él tuvieron el jefe
legendario de una banda
de terribles forajidos.
Cuando Juan Lobo cabalga
por los valles, con su escolta 35
hasta los dientes armada,
y viste el verde uniforme
de sus días de campaña,
nadie sabe si el bandido
de este modo se disfraza 40
o si quiere, con sus hombres,
conmemorar sus hazañas. [21]

El chajá

El chajá, pájaro gris
amigo de los bandidos,
monta guardia en el estero
en zancos de rojo vidrio.

Invierno. Noche de Julio. 5
El viento se ha detenido,
la luna es corvo puñal
de dos puntas, amarillo.
Cien mil ranas en las ciénagas
con su bajo sostenido 10
mecen la noche que sueña
un sueño lánguido y rítmico.
Reptiles en el estero
zigzagüean con sigilo.
Luciérnagas en la sombra 15
encienden fugaces brillos.

No lejos del agua negra
el Lobo yace dormido:
junto al muslo tiene el rifle,
el revólver en el cinto. 20
Duerme Juan sobre un cansancio
de cuatrero perseguido.
Pero al fin se va aquietando
el panorama sombrío
y duerme al fin el estero 25
y calla el cántico rítmico [22]
de las ranas. Todo duerme
bajo el dosel infinito
del que gotean los astros
sus resplandores dulcísimos. 30

Todo: el campo, el llano, el pasto
que ha de perlar el rocío
cuando los gallos transmitan
de valle en valle sus gritos.
Sólo el chajá está despierto 35
sobre sus zancos de vidrio
dispuesto a hender el silencio
con el clarín de su pico.

Siente él rumores confusos
en el viento detenido; 40
no lejos viene, de bruces,
arrastrándose el peligro.
Y el pájaro como un arco

de tensión, oye el ruido
de los juncos al quebrarse 45
al paso del enemigo.
Sólo cuando los gendarmes
que no ve, pero ha sentido, [23]
han llegado hasta el estero,
el chajá lanza su grito. 50

Juan Lobo súbitamente
despierta, ya apercebido,
en las manos tiene el rifle,
en los ojos, torvo brillo.

Y ya en la noche que encienden 55
fogonazos y estampidos,
entre bruscos juramentos
por el estero infinito,
sobre ciénagas y víboras
huye a saltos el bandido... 60 [25]

El asalto del pueblo I
Los espías de Juan Lobo
entrando van en el pueblo.
Frente a la comisaría
se detienen un momento.
El pueblo está como siempre 5
sin esperar nada nuevo.
Sus casas de adobe, viejas
de somnolencia y de tedio.
La plaza, desierta y triste;
la iglesia, como durmiendo. 10
A la puerta de su casa
sorba su mate algún viejo
y algún muchacho, en harapos,
pasa seguido de un perro.
Y el pueblo mira hacia el campo 15
para atajar un bostezo:
muy verde está la llanura
en este benigno invierno
en que los valles descansan
del sol que los quema a fuego. 20
Hacia el norte montan guardia
piquetes de cocoteros
cuyos penachos susurran
sacudidos por el viento. [26]

En el valle, aunque sin flores, 25
crecen pastizales tiernos
donde animales deambulan
en interminable almuerzo.
El sol dorado fulgura
en la pureza del cielo. 30
Bandadas de loros pasan
despertando verdes ecos.

Emponchados, los espías
parecen recios troperos
cansados de una jornada 35
sobre los valles inmensos
en que la hacienda llevaran
hundiéndose en los esteros,
a través de pirizales
cimbreados sobre el cieno. 40
Los caballos de los hombres
relinchan. Son dos overos
con las patas embarradas
y los ijares sangrientos.
Y los espías prosiguen, 45
taciturnos, por el pueblo. [27]

El ritmo de sus quijadas
que están al sesgo moviendo
revela que mascan naco
que es duro tabaco negro. 50
Y aunque nadie los conoce
tampoco sospechan de ellos,
cuando desmontan sin prisa,
atan los sucios overos,
se encaminan al boliche 55
con pesados trancos lentos,
y llegan al mostrador
saludando y escupiendo.
Y allí se pasan las horas
bebiendo con tres malevos 60
y hablan de bueyes perdidos
y caballos parejeros
e inquietan informaciones
de sospechosos sujetos
entre risas, cuentos, gritos 65
y algunos chistes obscenos.
Luego salen y recorren
las calles todas del pueblo
fingiendo estar achispados

y a veces del todo ebrios. 70 [28]

Pero sus ojos de tigre
bajo los negros sombreros
miran, cuentan y calculan
con resplandores siniestros.
Al llegar frente a la iglesia 75
se descubren con respeto,
quien sabe si por astucia
o cristiano sentimiento.
Y ahora pueden marcharse
montados en sus overos: 80
ya saben cuanto querían
saber en su merodeo.
Saben ya que diez gendarmes
están, jugando o durmiendo
bajo el mando del teniente 85
que es comisario del pueblo.
Ya saben cuántos fusiles,
cuantas balas y pertrechos
hay en la comisaría
para perseguir cuatreros. 90
Ya han visitado las tiendas
y preguntado los precios
e inquirido mil detalles
con propósito encubierto, [29]
y saben ya la existencia 95
de la tienda de Don Pedro,
del almacén de Fernández
y del boliche «El Progreso»
y han mirado las mujeres
de más lindo rostro y cuerpo 100
y han sumado mentalmente
mercancías, hembras, pesos,
que serán en el asalto
botín de los bandoleros.
A la mañana siguiente, 105
apenas amaneciendo
marchan en busca del Lobo
con caña, cigarros, géneros
y algunas otras provistas
que disimulan su intento 110
y que a la vez justifican
su breve visita al pueblo. [30]

[31]

El asalto II

Las cigarras enmudecen,
el son de su tibia orquesta
cuando los rifles inician
duros compases de guerra.
Pesadilla en sueño plácido 5
con que el gendarme despierta:
Aquel alud de jinetes
venido desde la selva
Voces, órdenes, disparos,
galopes de locas bestias: 10
(Es un cuadro del Far West
con paisanos en la escena
y casas de adobe en vez
de las casas de madera.)

Liquidados los gendarmes 15
acaba la resistencia.
Algunos triunfales «pii... pus»
y termina la pelea.
La gente pobre del valle
está anhelante y contenta, 20
porque un asalto de pueblo
para ella es día de fiesta. [32]

Y vienen los bandoleros
a caer sobre su presa:
un pueblo rico, con turcos 25
que en el comercio progresan;
algún hacendado avaro
de sus pesos y su hacienda
y muchas buenas mujeres
para consolar las penas. 30
Ya llegan al almacén
y ya saquean las tiendas
y en un boliche ya beben
vino tinto o caña vieja
y en diez minutos vacían 35
varios pares de botellas
(Beben con ellos, los cómplices
de la reciente refriega,
porque hay que saber que Juan
tiene amigos por doquiera 40
que en las malas no lo olvidan
y le ayudan en las buenas).

En el botín hay de todo:
dinero, pilchas botellas, [33]
municiones y pertrechos, 45
mujeres las menos feas:
Cinco doncellas eligen
y cinco semidoncellas;
Algunas están llorosas
y varias están contentas. 50
(En muchas es privilegio
ser robada como Helena).

Y entre todo lo robado
del gran botín, se reserva
de todo un poco a los pobres 55
que Juan protege y sustenta.
Que el quinto del Rey de antaño
de la conquista de la época
el Lobo conquistador
para los pobres lo deja. 60
Los pobres, que son los más
y aunque para menos cuentan,
adoran a Juan por eso
le ayudan y le veneran.
Y por eso a este señor 65
de los valles y las selvas,
unos le tienen por malo,
y los más, por él murieran.

5-Agosto-47 [34]

El capitán de gendarmes
Es la hora de la siesta.
En su hamaca, el estanciero
tiene entornados los ojos
y bosteza soñoliento.
El corredor de la estancia 5
es ancho, sombroso y fresco.

El campo, verde y soleado
dilátase hasta muy lejos
llano, y sin más accidentes
que grupos de cocoteros 10
e islas que, en el horizonte
escalán lejanos cerros.

Nubes de blando algodón

surcan el añil del cielo
y proyectan, sobre el campo 15
sombras móviles, que, huyendo
vuelven el pasto más verde
y aun azul, de trecho en trecho.

Bordea las alambradas
largo camino bermejo. 20
En el calor de la siesta
braman los toros en celo, [35]
y han robado las cigarras
la voz única del eco.

El estanciero, abogado 25
y hombre culto, es asunceno.
Hace unos días que vino
a ver marcar los terneros.

La peonada, que le admira
y le tiene gran respeto 30
de lejos mira al patrón
que está en la hamaca durmiendo.

Por el camino, un jinete
de uniforme verde y nuevo,
sobre un overo brioso 35
viene alzando un polvo seco.

Cuando llega a la tranquera
le ladran furiosos perros.
El capataz los ahuyenta
y recibe al forastero. 40

Estrellas de capitán
fulgen con áureos reflejos [36]
en las presillas que luce
el jinete del overo.

Tras de saludos corteses 45
y amistosos cumplimientos
el recién llegado expresa
querer ver al estanciero.

-Patrón, aquí el capitán
le quiere ver un momento... 50
-Que pase -dice el patrón,
más dormido que despierto.

-Vengo a pedirle caballos...
sé que usted está dispuesto
a ayudar siempre a los que 55
persiguen a los cuatreros...

-Señor capitán no sabe
con que gusto se los cedo,
lleve todos los que quiera;
elijá el andar, el pelo 60
con tal que me deje veinte
yo me doy por satisfecho. [37]

-Señor: sólo necesito
diez caballos bien ligeros-,
con tal de que atrape al Lobo 65
vivo o muerto, estoy contento.
Llévese usted los mejores
y exterminé a esos cuatreros...

Pronto señor, verá usted
así como me está viendo 70
y no muerto sino vivo
a Juan Lobo el bandolero.

-Buena suerte, capitán;
y que vuelva usted ileso.
Ese bandido... usted sabe... 75
-Descuide usted.

-Hasta luego.

-Mil gracias por los caballos.
-Y ¡duro con los cuatreros!

Ya se marchó el capitán.
Queda el patrón sonriendo. 80
Hace cálculos alegres,
cuenta novillos y pesos
y, ya tendido en la hamaca
se cierne sobre él el sueño. [38]

-Patrón, le dice un peón, 85
quiero contarle... un secreto...
El señor ése que vino
¡es Juan Lobo el bandolero!

El hacendado da un salto
y de pie, pálido y trémulo 90

pide que ensillen, y al rato
huye veloz como el viento.
Sólo al llegar a Asunción
se siente libre del miedo. [39]

Romance del mujeriego

«Después que vi este garzón...
Saltos me da el corazón;
Cosquillas tengo en el pecho.»

Tirso De Molina

Sin excepción, todas sienten
escozores en los pechos
cuando Juan Lobo las mira
con sus ojos de lobezno.

En leguas a la redonda 5
y en casi todos los pueblos
Juan Lobo ha tenido amores,
raptos, pendencias y duelos.

Juan -dice él- no es un bandido
sino un hombre verdadero. 10
Si desenfunda el revólver
es porque otros tienen celos.

Él va derecho a su presa
como el halcón en su vuelo
de venablo; y en la china 15
que le ha encendido el deseo
clava sus garras de amor
de caricias y tormentos. [40]

Ninguna se queja de él
que todas saben quererlo. 20
Cuando las deja, les deja
para la vida, el recuerdo.
Y todas le quieren bien
y siempre siguen queriéndolo
y quieren, como Juan Lobo 25
hijos fuertes y sin miedo.

En su guitarra en que vibran
lujurias de sol y ensueño
dice que él tiene nostalgias

de niño perdido y huérfano. 30
Dice que él siente en la noche
en las llanuras del cielo,
llamados de luz que bajan
con la luz de los luceros.
Dice que busca en el mundo 35
errante en valles y pueblos,
dos ojos que sean iguales
a dos que ha visto en el cielo.

1º de junio de 1946 [41]

El duelo I

El comisario del pueblo
nombrado hace pocos días,
hombre enérgico y resuelto
que tiene en poco su vida
y echara el guante a cuatreros 5
con ejemplar bizarría,
ha llamado a los vecinos,
una tarde clara y tibia,
para conocer a todos
y concertar la política 10
que ha de seguir en el pueblo
como autoridad legítima.
Tras unas breves palabras
de saludo y cortesía
en guaraní bien hablado 15
dijo con voz decidida
que acabar con los cuatreros
era su afán y consigna
y que, vivo o muerto, Juan
y los que al Lobo seguían 20
él, con ayuda o sin ella
capturarlos prometía.
La arenga del comisario
con frialdad fue recibida
y un silencio embarazoso 25
heló la comisaría [42]
cuando, pedido consejo
para tomar las medidas
del caso, entre los vecinos.
tras una plática ambigua 30
nadie apoyó al comisario
ni comentó su osadía.

Sólo dijeron que el Lobo
era fuerte en su guarida;
que aquella estaba en la selva 35
y nadie la conocía;
y que los once fusiles
del Lobo y de su pandilla
dificultaban la empresa,
teniendo en cuenta que había 40
tan expertos tiradores,
de precisión tan mortífera,
que a mil metros, rara vez,
erraban la puntería;
que eran antiguos soldados 45
de la guerra con Bolivia
los que seguían a Juan
con militar disciplina.
Y dichas estas razones
con reticencia expresiva, 50
los vecinos, saludando,
se marcharon en seguida
y volvieron a sus casas
al tiempo que oscurecía. [43]

II

Y es el caso, que del pueblo 55
los vecinos, -casi todos-
son amigos o compadres
o parientes de Juan Lobo.
Y al oír al comisario
expresarse de aquel modo 60
creyeron que estaba ebrio
o le tomaron por loco.
Era el nuevo comisario
hombre violento aunque probo,
celoso de su prestigio, 65
de su autoridad celoso.
Hábil y audaz en amores,
con desplantes tenoriles
enamoraba a las mozas,
enfurecía a los mozos, 70
disgustaba a los maridos,
exasperaba a los novios
y a los que sin ser casados
lo estaban en cierto modo.
En muchos eran pretexto 75
sus éxitos amorosos

para abrazar el partido
mayoritario del Lobo. [44]

III

Y ocurrió, que cuando el nuevo
comisario, receloso, 80
de una incursión del bandido,
armó a sus gendarmes todos
con máuseres más modernos;
pidió caballos briosos
y ejercitando a sus hombres, 85
los hizo, fusil al hombro,
salir del pueblo temprano,
tirar al blanco, y en todo
ganar militar prestancia
y disciplina y aplomo; 90
hubo vecinos que fueron
a la guarida del Lobo
y le contaron el caso
con detalles minuciosos.

Diciembre. Mañana límpida. 95
Sin nubes, azul el cielo.
El comisario y el juez
y el intendente del pueblo
van a una junta, vestidos
con sus trajes domingueros. 100
Los gendarmes van delante
a más de cuarenta metros,
Detrás de los tres prohombres
van los vecinos. [45]

Sombreros
de paja o de paño oscuro 105
protegen rostros morenos.

Y, fuera del comisario
que viste uniforme nuevo,
todos -según su partido-
llevan pañuelos al cuello, 110

visten trajes de montar
con polainas, saco negro,
amplias bombachas de a cuadros
y tiradores de cuero.

El intendente y el juez 115

y el comisario conversan
sobre problemas locales:
El estado de la hacienda,
o los dudosos presagios
de la próxima cosecha. 120

La brisa acariciadora
que viene de la arboleda
a aroma de flores pálidas
perfumes del bosque mezcla.
Y ya se acercan al puente 125
que está a más de media legua
del pueblo, y que del arroyo [46]
salva la corriente fresca,
cuando, de pronto, Juan Lobo,
de abajo el puente, risueña 130
la cara, aparece y dice
con voz amable y serena:

-Señor comisario: ¿es cierto
lo que por allí se cuenta,
que vivo o muerto, usted quiere 135
capturarme a mí?

La diestra
de Juan, con gesto expresivo
en el aire, lista, espera,
desenfundar el revólver
así que el otro se mueva. 140

Y ya el comisario al suyo
echa mano con presteza,
y ya en la clara mañana
dos estampidos resuenan.

-Sepa el señor comisario, 145
corto tiro, larga lengua,
que Juan Lobo nunca mata
por matar, sino en pelea
frente a frente y hombre a hombre
y siempre en propia defensa... 150

[47]

Mito guaraní

Tras dentellearle el perfil

huyó la jauría parda:
los siete perros tenían
cocuyos en la garganta.

Unos indios comentaron 5
el largo aullar que escuchaban.
Otros miraban al cielo
sin decir una palabra.

Las indias, yendo hacia el río
cantaron, quedo, en la playa: 10
-¡Oh luna, cuando te muerden
los siete perros la cara,
el río quiere llevarse
los peces grandes del agua
y en remolinos oscuros 15
zozobran nuestras piraguas!

Oh luna, cuando te muerden
los siete perros la cara,
de las frutas de las víboras
las pesadillas se escapan 20
y se posan en las telas
que urden las malas arañas. [48]

¿Por qué no espantas los perros
con siete piedras de plata
o levantas una tienda 25
con siete nubes en llamas?

La luna, que estaba tan
exangüe, en concha de nácar,
ni aun pudo mover los labios
en una sonrisa blanca: 30
después que fulgió la aurora
y bostezó la mañana,
fue absorbida por la luz
como un gajo de naranja. [49]

Infancia de Juan Lobo

Al padre de Juan, Tenorio
de amorosas serenatas,
andaluz de cantos hondos
que cavaba en la guitarra;

Lobo auténtico que siempre 5
hacia honor a su raza,
quebráronle el canto un día
tres balas en la garganta.

Con fuego de amores rojos
celos negros provocaba; 10
por eso, una noche negra
lo mataron por venganza.

Criolla que era su esposa
le lloró desconsolada
y puso junto a la cruz 15
la ensangrentada guitarra.

Pero Juan, hijo del canto
en cuya sangre vibraban
las cuerdas enmudecidas,
cogió un día la guitarra 20 [50]
y en el silencio del bosque
despertó la caja mágica.
Copias del huérfano alzaron
en la noche alucinada,
un clamor de redención 25
por sus lágrimas heladas...
Mucho tiempo persiguieron
al huérfano, sueños malos:

una noche de puñales
de gritos y foganazos; 30
el cuerpo del padre en tierra;
en el aire, muerto el canto
y la guitarra ya muda
junto al cadáver, sangrando...

Una cruz en el silencio 35
con la guitarra en los brazos:
y fuga del asesino
al galope sobre el campo... [51]

El toro
Por el valle de esmeralda
camina Juan Lobo niño.
Pasto y árboles muy verdes,
cielo azul, rojo camino.

Juan Lobo va meditando. 5
De vez en cuando, mugidos
se escuchan en el sedante
silencio del día tibio.

¿En qué va pensando Juan?
¿Con qué va soñando el niño? 10
Tiene la infancia sus sueños
como el valle tiene lirios.

De pronto se oye muy cerca
un pavoroso bramido
y un toro negro, muy negro, 15
viene derecho hacia el niño.

Ya ha bajado la cerviz.
Ya viene por el camino
haciendo temblar la tierra
con su mole y sus bufidos. 20

Acaso la tierra roja
su cólera ha enardecido. [52]

Espuma tiene en los belfos
y sus cuernos, retorcidos,
van ya a clavarse en las carnes 25
estremecidas del niño.

¡Ay la furia de la bestia!
¡Ay Juan Lobo estás perdido!
¿No puedes subir a un árbol?
¿No puedes huir del peligro? 30
El aire tiembla con pájaros
que revuelan afligidos.

Césped y árboles muy verdes,
cielo azul, rojo camino
y el toro negro, muy negro, 35
y el niño, niño, muy niño...

¡Nada ayudaran a un hombre
el revólver ni el cuchillo!...
Entonces Juan Lobo coge
roja tierra del camino 40
y se la arroja a los ojos
y esquivo al toro de un brinco.

La bestia se queda ciega
y yerra el cuerpo del niño.
Juan Lobo sigue su marcha, 45
ya seguro, ya tranquilo.
Pasto y árboles muy verdes,
cielo azul, rojo camino. [53]

16-Junio-1947

El niño lobo

En su niñez fuera Juan
querido del pueblo todo
por la gracia de sus dichos
y la audacia, que en su rostro
anunciaba lo que el niño 5
sería al llegar a mozo.

Pupilas de lobo-niño,
colmillos de niño lobo,
y en la boca hozante ya
la risa, aullido de gozo. 10

-Morenitas de los valles
que vais por agua hacia el pozo
¿cómo andáis solas tan tarde
sabiendo que ronda el lobo?

-Caperucitas morenas 15
que ha tostado el sol del trópico,
¿es que no teméis el hambre
y los colmillos del lobo?

-Tenemos miedo, tenemos
pero vamos hacia el pozo... 20

¿No sabéis que Juan ya tiene
cumplidos los diez y ocho?
Lo sabemos; pero vamos
curiosas de todos modos... [55]

Rapto de la desposada

«...eres langosta de las mujeres.»

Tirso de Molina

Polcas alegres resuenan
bajo la noche estrellada.
Polcas que dicen de amores
templados en la guitarra.

Farolitos policromos 5
decoran la gran estancia,
y luz y música y risas
se escapan por las ventanas.
En las puertas, gente pobre
está mirando embobada. 10

Afuera, la luna piensa
que se enferma de nostalgia.
Unos gallos soñolientos
creen que es de madrugada.
Sin fuerza, levantan gritos 15
que caen a la distancia.
Para ahuyentar su modorra
baten en vano las alas.
Mil estrellitas irónicas
se ríen de su arrogancia 20
y cuando gritan más fuerte
su risa se cuaja en lágrimas. [56]

Pero el aroma del campo
y la canción de las ranas
adormecen ya la noche 25
y la vuelven más diáfana.

En la estancia, cuchichean,
cuando cesa la algazara,
y en un súbito silencio
quedan vibrando las arpas, 30
y ya entre murmullos viene
entrando la desposada.

En esta noche de fiesta
Francisca Aguirre se casa
con un teniente Martínez 35
de quien todo el mundo habla
porque persigue sin miedo
a Juan Lobo y a su banda.

Tres veces con el bandido
Martínez cambió sus balas. 40
Cinco heridos resultaron

en la reciente emboscada
Juan Lobo escapó en su yegua
llevando la muerte en ancas. [57]

Dos horas lo persiguieron 45
por los montes y picadas
en una loca carrera
bajo una lluvia de balas.

Juan Lobo juró a Martínez
tomarse pronta venganza 50
y castigar al cobarde
ardid de sus emboscadas.

Después de la bendición
el cura inicia una plática.
Martínez está nervioso, 55
Francisca Aguirre, muy pálida.
Respiran presentimientos
oscuros de una desgracia.

Tiembla la novia; las manos
se lleva hasta la garganta. 60
(¿Qué teme, si no hay peligro?,
gendarmes guardan la estancia.)

La gente la abraza y besa.
Su madre enjuga una lágrima.
Los parientes hacen bromas; 65
algunas de ellas pesadas. [58]

Sus cuatro primas le piden
azahares.

!Ay Dios mío!,
¿por qué callan las guitarras?,
¿quién corre en los corredores 70
y violenta las ventanas?

¿Y quién, el sombrero blanco,
y el poncho, como una capa,
irrumpe, pistola en mano,
entre el terror de la sala? 75
Un estampido retumba
y cae al suelo una lámpara:
Los hombres alzan las manos,
las mujeres se desmayan.

Los duros brazos del Lobo 80
cogen a la desposada:
se cierra luego la puerta
y diez jinetes se marchan
haciendo fuego a los vientos
en la noche consternada. 85

En vano suenan los rifles,
en vano los perros ladran.
Los fugitivos ya toman
la más oscura picada
y a la guarida del Lobo 90
llegarán antes del alba. [59]

Rosario duerme esperando
Juan Lobo, sombrero blanco
y amplio poncho de tinieblas,
llega al rancho donde duerme
Rosario, sueños de espera.
El Lobo mira en su torno 5
y llama, quedo a la puerta.
(Plata de luna en la plata
de doma de sus espuelas
brilla en las puntas que hieren
ijares de locas bestias.) 10
Los negros ojos de Juan
avizores centellean.
Sobre el cabo del revolver
tiene crispada la diestra.
(El cielo reza un rosario 15
de soñolientas estrellas.
La brisa trae profundas
fragancias de la arboleda.)
-Abre la puerta, mi vida,
que ya la sangre me quema. 20
Tengo azahares que arden
en el fuego de la espera. [60]

«Hay en mi pecho una furia
de verano y de tormenta.
(Quiero esta noche, mi vida, 25
crucificarte en ternezas.)
Rosario duerme soñando
sueños de sueños en vela.
Sobre sus hombros descenden
ondulando, negras trenzas 30

como serpientes de sombra
que aniden en su cabeza.
-Abre la puerta, mi vida,
que ya la sangre me quema:
tengo un rosal de caricias 35
deshojándose en tu ausencia».

Rosario salta del lecho,
y abre en silencio, la puerta.

(Antes del alba, Juan Lobo
se fue, montado en su yegua. 40
Galopó en la noche blanca
hasta el fin de la pradera

La luz de la madrugada
entró, dorada, en la pieza.
Rosario duerme con besos 45
enroscados en sus trenzas. [61]

Romance de Juan Salazar

(... fue Dios Nuestro Señor servido de que se
descubriese la tramoya por medio de una
india que tenía en su servicio el capitán
Salazar, hija de un cacique principal la que
habiendo entendido lo que los indios
determinaban, dio de ello aviso a
Salazar...

Ruy Díaz de Guzmán, cap. XVIII)

Indios acechan la aldea,
la aldea, futura madre;
madre con nombre de Virgen.
Virgen que engendra ciudades.

Los indios, en los hispanos, 5
de agravios quieren vengarse.
Nada importan a su saña
pactos o lazos de sangre.

Sueños tuvo Salazar,
flor de nobles capitanes, 10
fundador del nuevo fuerte
con nombre de Virgen Madre. [62]

Salazar dice a la indígena
que es su esclava y es su amante:

-Anoche soñaba sueños 15
de traiciones y crueldades.

Soñé con bosques de flechas
mojadas en roja sangre...

-Era sangre de cristianos
la sangre que tú soñaste. 20

-Volaba un bosque de flechas
haciendo noche en el aire.

-Flechas que tú viste en sueños
eran flechas de mi padre.

-En mis sueños las serpientes 25
pululaban a millares.

-Las serpientes de tus sueños
eran indios desleales.

-Murciélagos en mi sueño
presagiaban negros males. 30

-Guerrero de piel de luna,
ciñe tu yelmo brillante,
arma tu brazo de hierro
antes que sea muy tarde
y antes que vuelen las flechas 35
pártelas en dos mitades.

Asunción, 18 de Agosto, 1947

Perú-Rimá

Perú-rimá es Lazarillo

Guzmán y Pablos criollo.

Hazañas tuyas, Quevedo

Alemán, o el gran anónimo

las relatara mejor 5

en un volumen famoso.

Yo, con poco ingenio y arte
romancearé un episodio
de Perú, que de unas páginas
de mi propia madre copio. 10
Siendo yo buen hijo, creo
que así ni plagio ni robo.

En su mula el señor cura
cabalga con onzas de oro,
Lleva el producto del diezmo 15
al obispo.

Viaja incómodo.
Que va en ayunas.

No pudo
gustar de su mate un sorbo.
(Culpa de ello tiene el ama
que al cura tiene furioso.) 20 [64]

Perú-rimá, que le aguarda
del camino en un recodo,
quiere adquirir esas onzas
sino por fuerza, por dolo.
Conoce al cura y no ignora 25
que es comilón y goloso.

En su ollita de tres patas
sucias de restos de locro,
hierve ya, desde hace rato
Perú, un puchero sabroso. 30
Un fuego de ramas secas
aviva con vivos soplos.

De lejos husmea el cura
el perfume apetitoso
del puchero, e hincha el pecho 35
con hambre y gula en los ojos.

Cascos de mula ya suenan
cercaños, alzando el polvo
del camino que serpea
sobre el valle verde, rojo. 40 [65]

-Perú dispersa los leños,
apaga el fuego, y tan sólo
deja que hierva la ollita
sobre una mata de abrojos.

-Perú, el puchero está hirviendo. 45
Habrás de decirme cómo.
Fuego no veo y no obstante
si no me engañan los ojos...

-Padre, es olla «de virtud»,

y trabaja, no sé cómo... 50

Apenas me aprieta el hambre
y la hago hervir de este modo.

-¿Por cuánto me das tu olla?,
he aquí tres onzas de oro...
Perú se asombra, y sonrío: 55
-¿Tres onzas, Padre? Es muy poco.

-Mira, como yo madrugo...
-Padre, más de ella yo como...
-Seis onzas te ofrezco, chico.
-No me conviene tampoco. 60 [66]

-Por ser usted, se lo daba
por sólo su peso en oro...
El cura, regateando,
cada vez más codicioso.
El saco de onzas del diezmo 65
al fin se lo ofrece todo.

Y Perú, a regañadientes
ebrio de dicha en el fondo,
acepta el ofrecimiento
y huye, feliz, con su robo. 70

15 de agosto, de 1947 [67]

La fuente de los plátanos
Diamante líquido, el agua
relumbra en el claro pozo,
en que una rubia arenilla
remolinea en el fondo.

Agua purísima y fresca 5
brota removiendo el oro.
Plátanos de húmedas hojas
su verdor yerguen en torno.

El sol, que brilla en lo azul,
siempre indiscreto y curioso, 10
en el agua de diamante
pone sus móviles ojos.

Y los plátanos protegen
contra el sol, aquel tesoro.
Y el sol lucha por llegar 15
del agua pura hasta el fondo.

Y por eso en pago de
su intromisión en el pozo,
tras las hojas relucientes
echa monedas de oro. 20 [68]

Desde esta fuente hasta el pueblo
hay un camino tan sólo:
Un caminito ondulante
trazado con lápiz rojo.

25

Sobre la alfombra del valle
serpentea sinuoso,
e imita las dulces curvas
de las muchachas que todos
los días van a la fuente 30
temblando de risa y gozo.

El cántaro en la cabeza,
llenos de lumbre los ojos,
ríen las mozas morenas
camino del claro pozo... 35

Horas tranquilas pasara
aquí, en su niñez, Juan Lobo.
Aquí pescó pececillos
transparentes, luminosos,
que entre los dedos se escurren, 40
ágiles, veloces, como
sirenillas del deseo
con que nos tienta el demonio...

Y aquí, precoces amores
fama le dieron muy pronto... 45

23-VII-47 [69]

Eclipse
Cuando el eclipse ha enlutado
el disco de oro brillante,

una noche opaca y gris
sobre el bosque mudo cae
el sol, escudo redondo, 5
se ha convertido en alfanje
y el alfanje se hunde en el
pecho negro de un gigante.
Los indios, despavoridos,
creen ya que el astro padre 10
para siempre en la tinieblas
de los cielos va a apagarse.
Y corre un escalofrío
por el bronce de sus carnes;
cunde el pánico en la selva 15
con alaridos salvajes:
el hechicero esquelético
todo arrugas el semblante,
el pecho hundido, cubierto
de amuletos y collares, 20
hacia el cielo, que es ya negro
alza un dedo vacilante. [70]

-«Guerreros dice» «Guerreros»;
falta fuego a nuestro padre,
flechas con fuego en las puntas 25
en la frente hay que clavarle;
sean plumas encendidas
en su frente venerable»...

La selva es un gran sepulcro
en el que hombres y animales 30
tendrán sudario de sombras
bajo el negror de los árboles.

El hechicero repite:
«Guerreros»... con voz en que arden
la esperanza y el terror 35
sombrió de la barbarie...
Y los guerreros sacuden
del pecho el hielo cobarde
y disparan flechas como
plegarias de oro y de sangre 40
que se elevan de sus almas
para dar lumbre a su padre...

12 de Agosto, de 1947 [71]

Marte indígena

¡Qué perfecto paladín
era el mayor Caballero!
No tenía pluma heráldica
soleada sobre un yelmo,
mas era un Don Juan de Austria 5
en espejismos del yermo.

Su sonrisa era su pluma
-más refrescante que el viento-
y su lanza era el coraje
vibrante en sus ojos negros. 10

En mapas llenos de cactus
veía bosques de acero,
y él apretaba los dientes
y caminaba hacia el fuego.

Y él arrollaba los bosques 15
rojos de llamas y estruendo,
a la muerte haciendo, irónico,
medidas de caballero.

¡Qué gran jefe era aquel mozo
al frente de sus labriegos 20 [72]
cuyos machetes segaban
los ígneos campos del miedo!
Verlo de noche en batalla,
entre amarillos y negros,
trazar rutas de victoria 25
sobre la sed del desierto,
era ver un Marte indígena
vestido de guerrillero.

¡Qué gran jefe era aquel mozo
que supo, duro y sereno, 30
hacer de cactus, laureles,
en los asombros del yermo! [73]

The listeners

(de Walter de la Mare)

«¿Hay alguien dentro?», preguntó el viajero,
y a la puerta llamó, blanca de luna;

su caballo pacía en el silencio
el césped de la próxima espesura:
un pájaro voló desde la torre 5
por sobre la cabeza del viajero.

Él, por segunda vez, llamó a la puerta.
«¿Hay alguien allí dentro?»
Pero nadie acudía a su llamada;
nadie asomó bajo el dintel cubierto 10
de hiedra, para ver los ojos grises
y ansiosos del viajero.

Sólo la multitud de los fantasmas
que habitaba la casa solitaria,
permaneció escuchando en honda calma 15
aquella voz del mundo de los hombres:

Apiñada en los rayos de la luna,
flotando sobre la escalera
que al vasto hall desciende oscura,
escuchaba, en el aire estremecido 20
por los aldabonazos del Viajero. [74]

Y él percibió en su alma la mudez y reserva
con que a sus voces contestaron ellos,
mientras que su caballo movíase en la sombra,
paciendo obscuro césped 25
bajo un cielo de estrellas y de hojas.

De súbito, otra vez llamó a la puerta
y aún más recio, alzando la cabeza:
«Decid que vine y nadie ha respondido;
que cumplí mi promesa...» 30

Ni el más ligero ruido hicieron los oyentes,
aunque cada palabra que él dijera
repercutió en las sombras de la mansión callada.

Sonó después la bota en la estribera
y todos ellos escucharon 35
el choque de metal contra la piedra,
y el silencio volver, suavemente,
cuando los cascos, lejos, se hundieron en la
arena.

[75]

Lamentación del aparcero
Pedro Martín Ovelar,
entre todos el primero,
como jinete y cantor,
como amigo y aparcero:

En el palenque del alba 5
ataste tu pingo negro,
y en un tordillo de luz
galopaste a los luceros.

Las guitarras de estos valles
lloran tu ausencia, nostálgicas. 10
Y algunas con cintas negras
han enlutado sus cajas.

Junto al fuego tus amigos
reunidos no dicen nada.
Buscan sí, en el cielo, rastros 15
de tus espuelas de plata.

En la noche, centinelas
te gritan que vuelvas pronto,
creyendo ver en las sombras
un alto jinete solo 20
que ronda por las picadas
y vadea los arroyos. [76]

Ellos no saben, Matín,
que ataste el caballo negro
en el palenque del alba 25
y subiste a los luceros.

(Así Juan Lobo lamenta
la ausencia de su aparcero.)

Junio, 1947. [77]

Caráu
¡«Hay tiempo para llorar»!

Su madre, de tanta pena,

muy enferma cayó un día:
-«Hija, no vayas al baile,
me siento morir, querida.
Esta noche, no, esta noche 5
no me dejes, hija mía...

Y Caráu, frente al espejo
ensayando una sonrisa,
un clavel entre los dientes,
callaba y no respondía. 10

Aquella noche ella estuvo
más que nunca alegre y linda:
y bailó, bailó y las polcas
la embriagaban de delicias.

Jadeante y triunfadora 15
sus ojos lanzaban chispas.
Tres claveles en su seno
en aroma y sangre ardían.

A media noche una vieja
temblorosa y afligida 20 [78]
llegó a la fiesta y llorando
estas palabras decía:

-«Caráu, Caráu, ven conmigo,
tu madre se esta muriendo».
Y respondía Caráu: 25
-«Estoy bailando, no puedo».

La moribunda, entretanto
se retorció en el lecho.
-«¡Ay!, hija de mis entrañas,
no ves que me estoy muriendo?» 30

Cuando perdió la esperanza
de darle el último beso,
-«¡Caráu!» gritó sollozando
y se murió maldiciendo.

Al mismo tiempo en la fiesta 35
fría ráfaga de viento
apagó todas las luces
con un gran soplo de hielo. [79]

Caráu, con largo gemido

dio un salto atrás, extendiendo 40
los brazos, que en alas negras
de pronto se convirtieron.
Su cuerpo moreno y rítmico
volviose lustroso y negro:
negras plumas le cubrían 45
el pecho, la espalda, el cuello,

y del clavel de su boca
surgió, brillante y siniestro
un pico de ave agorera
que abriose negro, gimiendo. 50

Desde entonces, en la selva,
habita un pájaro negro.
Siempre guarda triste luto
y llora con desconsuelo.

13 14 de Agosto, 1947 [81]

Del Cancionero de Juan Lobo
Coplas

I

Tu corazón, -¡tan profundo!-
cuando te estrecho en mis brazos
late en la noche en silencio
como el misterio del campo.

Tu corazón es un nido 5
de besos aprisionados
que van a huir por tu boca
para llegar a mis labios.

Tu corazón misterioso
es más tímido que un pájaro: 10
a veces quiere fugarse
cuando te estrecho en mis brazos. [84]

II

Tu corazón es tu vida,
tu vida, -la más secreta-
agua que lleva suspiros
corriendo bajo la tierra.

Tu corazón apacible 5
reló oculto, sólo cuenta
para el amor tuyo y mío
minutos de dicha plena. [85]

III

Tu corazón es un hoyo
de donde brota en silencio
un arroyito de amor
que viene desde el ensueño.

Tu corazón es un fruto 5
maduro, pero muy tierno
que para que no se parta
hay que cubrirlo de besos. [86]

IV

Tiene tu boca fragante
la carne de las guayabas,
que al morderla deja el labio
ardiente de mieles agrias.

Dulzura tibia del bosque 5
que ofrece la siesta cálida,
la fruta y tus labios brindan
igual sabor y fragancia.

Morena, tus ojos dulces
se encienden en luces lánguidas, 10
como el brillo de luceros
al reflejarse en el agua.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo